



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 13 DE MAYO DE 2018

Olga de León / Carlos Alejandro

Alas de madres y helicópteros

PASIONES Y TELEVIDENTES

CARLOS ALEJANDRO

Ana creyó que con su última frase estaba poniendo fin a la necesidad de su empleado, pero ignoraba que Lauro recibiría ayuda adicional de la misma que gente que ella tenía a su cargo. Su empleado rebelde, un hombre calvo de lentes que solía llevar mancuernillas en las mangas de sus camisas, se había vuelto más o menos terco desde que se le metió en la cabeza la idea de que la televisión estaba mal educando a la ciudadanía, más que las escuelas, en temas de moral, de conducta y de aspiraciones personales, por lo que había que prohibirla.

Lauro contaba con datos de un estudio que incluso probaba que el índice de homicidios en alguna ciudad perdida en el mundo se había elevado a la par que la violencia mostrada en los programas de televisión. Para él, su país se estaba volviendo un lugar donde desaparecerían las flores, y los árboles darían como frutos: balas.

Ana, por su parte, aunque preocupada por el tema, tenía una carga demasiado pesada de trabajo como para seguir los datos y razonamientos de Lauro, y del resto de los empleados, porque ya eran varios los que habían escuchado la idea de Lauro y compartían la preocupación.

Primero organizaron una demostración a la entrada del edificio de oficinas. Luego, prepararon un recorrido por la cuadra, con pancartas y varios coros de consignas en contra de la televisión. Todo esto, por supuesto, a horas fuera del horario laboral. Finalmente, contrataron a un hombre para que recaudara firmas e informara de las ideas a los transeúntes que pasaban cerca de su puesto: una tienda de campaña a media cuadra de la plaza principal de la ciudad.

No pasaron más de dos semanas cuando las cámaras de televisión de un noticiero local llegaron al lugar. Querían entrevistar al hombre contratado por Lauro y sus colegas de oficina. El individuo respiraba profundo e intentaba responder con honestidad sobre una causa que no era la suya, pero sobre la que ya se venía convenciendo, cada vez a más personas, desde hacía unos cuantos días. Al inicio, se sentía solo, luchando inútilmente contra la maldad de las televisoras; pero ahora, con las cámaras de televisión frente a él, se convertía en el líder de un movimiento que quizás podría llegar a nivel nacional. Estaba listo para serlo, aunque de pronto recalcitaba en que él no había iniciado todo aquel movimiento y que solo había sido contratado para repartir volantes y recolectar firmas. “Pero ya estoy aquí, en la televisión”, pensó, concentrando el máximo de su energía en la causa.

En plena entrevista, hubo algo que no le cuadró al camarógrafo. No respecto a la imagen visual que distinguía en la pantalla, sino sobre la idea que le arrebató el



Oleo de Carlos Alejandro Ponzio

bostezo mientras filmaba. Comprendió que Lauro y sus colegas deseaban acabar con su fuente de ingresos. No supo qué hacer, pero intentó enviar algunas señas a la entrevistadora, quien alegremente sostenía en su mano derecha el micrófono y estaba convencida de que el asunto era, en sí, una situación muy cómica: el que un grupo de diez o doce personas quisieran acabar con algo que millones de habitantes amaban y disfrutaban diariamente.

El camarógrafo, por su parte, pensaba en lo que habían logrado Jesucristo y sus once Apóstoles. “También un grupo muy reducido”, pensó para sus adentros. “Claro, aquellos estaban dispuestos a entregar sus vidas por la causa”, pensó después, “y subir al cielo”. Y entonces, se tranquilizó.

UN DÍA SINGULAR

OLGA DE LEÓN

Las avenidas principales lucían casi desiertas, el tránsito a esa hora era fluido. Y sin embargo, nada evidenciaba que algo especial estuviese sucediendo. Solo que las banquetas y el asfalto parecían recién aseados, lo que hacía una diferencia notable para cualquiera de la ciudad.

María Luisa llegó al convivio -como de costumbre- con bastante retraso. Así era ella, para atender asuntos en los que su presencia podía pasar desapercibida, no se daba prisa. Entre una multitud de aproximadamente mil quinientas mujeres, de distintas dependencias, oficios y edades, quién podría extrañar a una entre tantas: nadie; salvo quien la había anotado como asistente al evento y

le tenía reservado un lugar en su mesa. Por eso fue. Por ella y por dos o tres compañeras del trabajo que le habían preguntado si iría.

Era el cuarto año en que asistía: “Día de madres”. Y la segunda vez que sufría un imprevisto. En esta ocasión, dos: su auto le falló y, cuando por fin llegó, no había estacionamiento. -Está lleno, señorita, pase al siguiente, a ver si hay lugares allá. -Lo sentimos mucho, ya no cabe ningún auto. En el tercero, ni preguntó, el encargado estaba regresando al conductor delante de ella.

Policías y oficiales federales o estatales (¿qué sabía ella de eso de uniformes y gafetes: nada!), o lo que el pueblo fácilmente identifica como “guaruras”. Sin distinción de rangos, pululaban en los accesos a estacionamientos y, aun, al filo de las aceras o banquetas formaban una valla impenetrable. Tuvo que seguir adelante y luego, dar vuelta a la derecha, como le indicaron, y continuar junto a la orilla de las instalaciones aproximadamente cinco cuadras más para encontrarse por fin con un acceso libre de vigilancia y con miras de permitirle estacionarse allí.

Había que pagar, el boleto no se lo sellarían ni bonificarían (como le habían dicho), pero la cuota era mínima, según se leía al frente: “diez pesos la hora o fracción”; ¡ah!, y el encargado, además, le avisa que hasta con un tope máximo de cincuenta pesos. Como si al verla titubeante, pensara que eso la detendría de entrar. ¡Claro que no! El conflicto sería para su espalda y cadera, además de la transpiración que le significaría: cami-

nar bajo el intenso sol seiscientos metros. Y así fue. No porque se lo hubiese vaticinado. Simple y llanamente conocía bien el estado de su columna y los zapatos que ese día y para la ocasión llevaba, pero lo soportó con tal de no quedar mal con las amigas, que quizás aún la esperaban, aunque ya habrían comido. Sobre todo con la representante oficial de su dependencia, quien la estimaba y contaba con que ella, María Luisa, llegaría: ¡y, llegó!

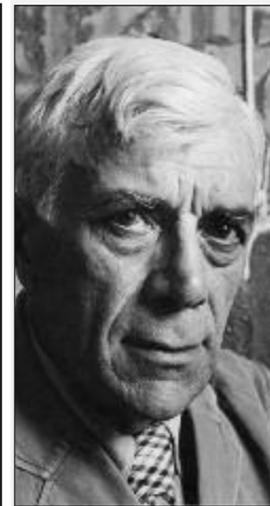
Parecía que muchas asistentes habían pensado que si se apuraban en salir, alcanzarían a ver, aunque de lejos, al Presidente, pues allí andaba. ¿Cuándo más podrían verlo en vivo?: nunca. Y sí estaba cerca, muy cerca, en la ceremonia en la que se entregaría un reconocimiento a la Máxima Casa de... Y, aunque la sala quedó medio vacía por quienes se retiraron, ninguna lo vio.

-María Luisa sí. Alcanzó a ver el helicóptero que del techo salía, y... Entonces pensó: -“¿Cuánto lo siento, Enrique! Nadie me avisó que esperabas saludarme y mandar tus saludos a... y a... Seguramente el señor Rector te quedó mal, sin proponérselo, al asegurarte que yo estaría en la Ceremonia; o habrá sido el señor Secretario de..., o ambos”. Lamentó haber llegado dos horas tarde.

Por otro lado, valió la pena, pensaba: no tuvo que sufrir el tiempo completo de los “cómicos” léperos y de pobre talento, que trataban de entretener a las madres. ¿En ese nivel tendrán quien los elige, a todas las asistentes? Lo bueno del caso es que son tan nobles las madres mexicanas, especialmente las de esta gran Institución, que muchas realmente se divierten, no piensan en que eso es estimularlas mediocres: -discurrió para sí.

-Lo cual podrán modificar para futuras celebraciones, -dijo, algo molesto; además de bajarle a la intensidad del sonido. ¿O, no?, quizá no les convenga, quizás sea la herramienta que aplican para aquietar las conciencias y los comentarios o críticas aunque sean constructivas y con la mejor intención de que las autoridades y organizadores “queden bien”, seguía elucubrando solo en su mente. ¡Claro!, no quieren haya conversaciones, intercambios de opiniones: “hay que aturdirlos”. Y hasta me parece haber escuchado a alguien decir: -“eso es lo que a ellas les encanta”: - Algún retrógrada debió ser, pensó una madre mexicana (madre con alas de ángel).

Él partió cuando yo llegaba, platicaría María Luisa. Y añadió: -una de sus gentes me acompañó hasta el acceso al enorme salón. Ese personaje se quedó con una idea equivocada. Yo iba solo a la comida, aunque a esa hora podía ya no haber platillos: sí los hubo. Solo se lamentó de que no acostumbrada a tales guisos, pasó el resto de la tarde arrepentida por haber comido: ¡demasiado condimento!



Georges Braque

El artista conocido por ser el cofundador del cubismo, el pintor y escultor Georges Braque, es recordado a 136 años de su nacimiento por su importancia pictórica en obras como “Casas en L’Estaque”.

Originario de Argenteuil, cerca de París, Braque nació el 13 de mayo de 1882 y vivió su infancia entre su ciudad natal y El Havre, en la costa de Normandía.

Entre 1897 y 1899 estudió pintura en la École des Beaux-Arts, en Le Havre, de donde obtuvo su certificado en 1902, para después trabajar como aprendiz con un decorador, reseñan sus biógrafos.

Trabajó estrechamente con los artistas fovistas Raoul Dufy (1877-1953) y Othon Friesz (1879-1949), con la finalidad de desarrollar un estilo más tenue.

Pero fue en 1907, que una exposición de Cézanne (1839-1906) y el encuentro con Picasso (1881-1973) pusieron a Braque en la senda del cubismo.

En este camino llevó a cabo un intenso estudio de los efectos de la luz y la perspectiva, así como de los medios técnicos que los pintores usan para representar estos efectos, a fin de conseguir el estándar conveniente en sus representaciones artísticas.

Con su óleo “Casa en L’Estaque” atrajo la atención de la crítica especializada y amantes del cubismo, ya que mostró, a través de una ilusión visual, el esplendor de la naturaleza.

Aunado a sus atmósferas naturales, Braque pintó escenas del pueblo, en las que con frecuencia redujo la estructura arquitectónica a una forma geométrica.

Fue hasta 1909 cuando Braque comenzó a trabajar en estrecha colaboración junto a Picasso, quien había estado desarrollando un enfoque similar al de la pintura al óleo; la invención del cubismo fue un esfuerzo conjunto entre ambos creadores.

Su estrecha colaboración en el origen y desarrollo del cubismo concluyó al estallar la Primera Guerra Mundial (1914-1918), ya que Braque se alistó en el ejército francés.

En 1917 fue herido de gravedad, por lo que sus siguientes creaciones estuvieron encaminadas a un estilo individual y personal, alejado de la abstracción más dura del cubismo y centrándolo en colores brillantes y superficies texturizadas.

Durante su recuperación se convirtió en amigo íntimo del artista cubista Juan Gris (1887-1927) y continuó trabajando, produciendo un número considerable de obras.

A partir de 1922 pintó sobre todo bodegones con instrumentos musicales, pero siguió siendo fiel a su lógica geométrica.

Entre sus obras destacan: “Barco en Le Havre”, “L’Estaque”, “Desnudo grande”, “Naturaleza muerta con instrumentos musicales”, “Naturaleza muerta con mandolina y metrónomo”, “El Sagrado Corazón” y “Naturaleza muerta con uvas”.

ad pēdem literae

“La verdad existe. Sólo se inventa la mentira.”

Georges Braque

Letras de buen humor

“Si yo pinto a mi perro exactamente como es, naturalmente tendré dos perros, pero no una obra de arte.”

Goethe

Joana Bonet

La masculinidad elástica

Durante un tiempo, los perfumes de hombre destilaban notas intensas y amaderadas, del cuero al cedro, tabaco o pachuli, una poderosa narración olfativa que subrayaba su presencia de forma matérica más que orgánica. Eran olores invasivos, colonizadores, podríamos decir penetrantes, se llamaban Brando, Jacq’s, Brummel... Pero aquello no iba bien. La vieja costumbre de rociarse con agua de colonia causaba estragos -incluso vahídos- en ascensores y oficinas, pues la fragancia varonil de la transición española era una auténtico ambientador de testosterona. Los propios hombres se hartaron de oler a machotes hegemónicos y hallaron una salida en el mundo cítrico, la lavanda y el vetiver. Un nuevo orden social redefinía los estilos de la masculinidad: ya no había una sola manera de ser hombre sino muchas.

Fue hace más de 20 años cuando una de las mejores narices del mundo, la de Francis Kurkdjian, revolvió entre aromas de barbería buscando la lavanda mentolada para crear Jean-Paul Gaultier Le Male, uno de los perfumes icónicos en la era moderna. “La mujer es más sofisticada,

busca seducción y exclusividad en un perfume; el hombre es más simple, quiere oler bien, pero también a macho”, asegura otro grande, Alberto Morillas, que acaba de renovar Aqua di Giò Homme de Armani con un componente llamado calone, que aporta sensación de brisa marina. Una masculinidad más deportiva y menos pomposa ha entrado en la prosopopeya perfumera. Olores a limpio, como CK, aguas de iris como la de Prada, o los perfumes niche con neroli identifican un gusto contemporáneo.

Los jóvenes han puesto de moda un anacronismo de mi época: décalage, utilizado en el sentido de soltar lastre. De rebajar humos. Además de protagonizar una revolución aromática masculina -de la que otro dinamizador de esta industria, José María Pérez Diestro, afirma que se ha feminizado y enriquecido-, los hombres han optado por aflojar nudos. Y los diseñadores les han ofrecido aquello por lo que tanto habían suspirado: el pantalón de cintura elástica. Su éxito es descomunal, y no sólo en chándales, sino en patrones tradicionales. “El resultado es tan convincente que lo que una vez fue



declassé seguramente pronto será rigor”, aseguraba Luke Leitch en The Economist. Antes, los pantalones masculinos necesitaban una explicación para ser flexibles: pijamas, ropa de deporte, tallas grandes y poco más. Nunca se había relajado tanto el dress code, y no sólo en la nueva política y en las grandes